

## El mal en la literatura: una revisión filosófica y antropológica

Dr. Wilfredo Illas  
Universidad de Carabobo  
[illasw@hotmail.com](mailto:illasw@hotmail.com)

Dr. Duglas Moreno  
Universidad Experimental de los Llanos Ezequiel Zamora  
[duglasmoreno@gmail.com](mailto:duglasmoreno@gmail.com)

Dr. Jairo Pérez  
Universidad de Carabobo  
[jairoperez21@yahoo.com](mailto:jairoperez21@yahoo.com)

**Resumen:** Desde una perspectiva fenomenológica y hermenéutica, en este ensayo el tema del mal es examinado en su visión filosófica y antropológica, para luego advertir su presencia en el terreno de la creación literaria. De esta forma, el objetivo asumido consiste básicamente en reflexionar cómo esa relación dicotomista entre bien y mal ha encontrado en el ámbito literario un espacio fértil para su representación, testimonio, recreación y exploración, lo cual no se agota en una simple instancia de expresión sino en un espacio comprensivo de la condición humana desde sus múltiples facetas, observando con ello la imbricada relación que existe entre literatura, cultura y sociedad.

**Palabras clave:** literatura, mal, filosofía, antropología, condición humana

**Abstract:** From a phenomenological and hermeneutic perspective, in this essay the theme of evil is examined in its philosophical and anthropological vision, and then to notice its presence in the field of literary creation. In this way, the objective assumed is basically reflecting how that dichotomist relationship between good and evil has found a fertile space in the literary field for its representation, testimony, recreation and exploration, which is not limited to a simple expression but in a comprehensive space of the human condition from its multiple facets, observing with it the imbricated relationship that exists between literature, culture and society.

**Keywords:** literature, evil, philosophy, anthropology, human condition

## **Introducción**

Muchos han sido los temas fascinantes alrededor de los cuales filósofos, antropólogos y escritores de todos los tiempos han reflexionado con lúcidas disertaciones, enriqueciendo así el pensamiento universal. El mal es y será uno de esos complejos temáticos ante los cuales se continúa experimentando curiosidad e interés por su descubrimiento y estudio. En las páginas de la filosofía, historia y literatura, abundan ejemplos e intentos que se esfuerzan en deslindar las distintas formas en que se concibe el mal. La cotidianidad por su parte, tampoco se agota, en el afán de mostrarnos día a día cómo la empresa del mal sigue expresándose y multiplicándose en un sinfín de manifestaciones humanas que nos roban imperceptiblemente la capacidad de asombro, produciendo en la sustancia del ser, una sentida consternación. El mal encandila, aún hoy, la conciencia humana, irrumpe intempestivamente el libre albedrío y pone a prueba segundo a segundo la voluntad humana. Tan cercano como temerario, el mal forma parte de esa eterna oposición que acompaña la esencia del ser, puesto a raya por una delgada línea de pulsiones controladas y por una fe movediza que se debate, permanentemente, en el equilibrio inquietante entre razón y pasión, seducido imperceptiblemente por el cielo y el infierno... por el bien y el mal, cuyas entidades, aunque cercanas en esa coincidencia diametral, conservan siempre su grado de autonomía y significación.

### **El mal. Una revisión filosófica**

Sin ningún orden cronológico, menos evolucionista del concepto del mal a partir de cuestiones filosóficas, resulta interesante rescatar un conjunto de planteamientos que podrían ser iluminadores en tanto configuración conceptual, de una entidad que discurre entre la relatividad y el interés de completitud, logrando que los aportes (inacabados, ambiguos e imprecisos) puedan aproximarse a los rasgos que delinear y caracterizan (sin alcanzar la univocidad) el asunto del mal como problema ético de reflexión moral y cómo se traslada su presencia al tejido literario.

Esta apretada disertación no puede descuidar el pensamiento de dos filósofos fundacionales. En la ética a Nicómaco, Aristóteles asume que la virtud es la condición fundamental para alcanzar la felicidad. En consecuencia, el alma racional se sostiene en

la contemplación y en la virtud como rectitud del razonamiento, ello desemboca en una ética desiderativa, en la cual el hábito forja la conducta ética de todo acto humano, prerequisite para lograr el bien y, por ende, la felicidad. Ahora bien, en el pensamiento de San Agustín encontramos que el mal físico se aloja en el pecado original y el mal moral deriva de una conducta que, amparada en el libre albedrío, se desvía del camino señalado por Dios. Alejarse de la voluntad divina es caer en el pecado, lo cual vendría a ser sinónimo de muerte. En atención al pensamiento de San Agustín, nos dice Restrepo:

[...]El que viniendo de la nada, puede sin repugnancia racional volver a ella (para el mal físico); y el que por la imperfección y deficiencia de la voluntad y de la libertad, los seres racionales tienden a un ser inferior en lugar de uno superior (mal moral): motivos estos que vienen a quedar resumidos en esto: ambos, o todo mal, proviene del pecado, y del pecado la muerte[...] Y el mismo San Agustín afirma que la muerte del alma (mal moral), aunque mortal, sucede cuando Dios abandona al alma (a causa de sus culpas), y la del cuerpo, cuando el alma abandona a éste (mal físico). (2007, p. 111-112).

Para Kant, desde los cimientos de una ética formal, la moral obedece al ejercicio de la voluntad humana que se asume en su libre albedrío. Visto así, el mal –para este autor– se origina precisamente, en la voluntad. Tanto la virtud como la maldad forman parte de un concierto de rasgos o actitudes que el ser humano, en una decisión completamente voluntaria, pudiera asumir para inclinar así su voluntad hacia lo virtuoso o maléfico. Sin embargo, este autor no deja de reconocer que la predisposición de lo humano es hacia el bien. La inclinación moral pone a prueba las propias pulsiones, así actuamos moralmente cuando se reconoce lo que se debe hacer por encima de lo que se desea hacer. Entre el deber y el deseo actúa libremente una voluntad que reafirma la predisposición y consolida el ideal moral del bien. De esta forma, el bien o el mal no corresponden a lo humano por naturaleza, inferimos según Kant, que más bien pertenecen a la esfera de un conjunto de capacidades que se activan cuando la inclinación hacia el bien se impone en el abrigo de la moral.

El “mal radical” para Kant se expresa en la negación de la ley moral, cuya negación enquistada en la corrupción de la voluntad, apuesta por mostrar cómo la maldad hunde sus raíces en la naturaleza humana. He aquí el núcleo de la controversia kantiana y es que esa dicotómica, y por ende polémica afirmación, con la cual se intenta asumir al género humano como bueno o malo por naturaleza, va a poner en frágil argumento dos categorías conceptuales que Kant ha defendido: libre albedrío y voluntad de decisión. No obstante, lo que podemos rescatar es que, como caras de la misma moneda, bien y mal se encuentran como una fuerza dual en el aparato moral que constituye lo humano. La inclinación o la tendencia hacia alguno de ellos –nos dice Kant- se encuentra en la conducta que adoptemos libremente a través de la voluntad. Vemos como el autor insiste en reconocer que a la voluntad, como ejercicio de libertad, le sigue la decisión y a ésta le corresponde subsiguientemente, asumir, ante la sociedad y ante el razonamiento individual, la responsabilidad y conciencia moral que demarcan las acciones signadas por el mal. Al ejercicio de una voluntad hacia el mal le antecede una decisión inclinada a desconocer la ley moral, y le acarrea como consecuencia un conjunto de responsabilidades morales que recaen ineludiblemente en la persona.

La dicotomía kantiana da lugar, en parte, bien a las consideraciones de la ética racionalista que -según Sócrates o Descartes- consideran que el mal es el desconocimiento del bien, así el individuo obra mal por falta de conocimiento no por voluntad claramente definida e inclinada hacia el mal. O bien, a las consideraciones empíricas de Hobbes Tomás quien plantea que el ser humano es un “lobo para el hombre” caracterizado por una brutal ferocidad que lo hace estructuralmente malo y egoísta. Inferimos entonces, si para Kant la conciencia humana (que es por naturaleza buena) actúa mal, es porque hacia el mal dirigió su voluntad; podría justificarse igualmente diciendo que aunque es de naturaleza buena, no ha conocido el bien y por ello actúa mal (racionalistas); o (empirista) podría culpársele enfáticamente aseverando que no hizo el bien porque es por naturaleza malvado.

Continuemos con los aportes de otro autor relevante en el pensamiento filosófico de la humanidad, al menos en el occidente del mundo, nos referimos a Hegel. Para este pensador (del idealismo alemán) el mal es entendido en la tensión de dos puntos: finitud

e infinitud. El individuo es finito; pero en su afán de acercarse a su creador, puede trascender esa finitud y llegar a la infinitud de Dios. En la medida en que el ser humano supere los deseos, pasiones e instintos que se corresponden con su ser individual y que lo hacen finito, podrá por su reflexión y elección, trascender y trascenderse, hacia una verdad “infinita o eterna” que lo devuelve a su creador. Este autor, aunque podría separarse de Kant a partir del auspicio de una ética ontológica, señala que por consecuencia puede asumirse que el género humano es bueno (porque es creado a imagen de Dios y Dios es bueno); sin embargo, y he allí su rasgo distintivo, asegura que el hecho de que pueda deducirse la bondad de lo humano, no significa en efecto que lo sea.

En este deslinde Hegel considera –y aquí podemos observar puntos de coincidencia con Kant- que la conciencia humana no será realmente buena hasta que no sea lo que “debe ser”. Este *deber ser* es entendido como sinónimo de comportamiento ético (puede inferirse nuevamente el asunto de la voluntad). Cuando el individuo asume el saber, adquiere también esa individualidad, ensimismada y limitada en la satisfacción de deseos, pulsiones y pasiones que la tornan finita desde una incisión antiética con el creador. Sin embargo, refiere Hegel, cuando el ser se supera a sí mismo, es capaz de reconciliarse con Dios; es decir, de trascender lo ontológico y fusionarse a una entidad teológica. Para este autor la complicada relación ser humano – Dios supone (en consonancia con el libre albedrío y la voluntad) la posibilidad de actuar bien o mal. Ese elegir con libertad el mal antes del bien es lo que suscita la aparición de la perversidad en lo humano; es decir, cuando se opta con conciencia por el mal, el ser humano permanece en la estrechez de su individualidad confinado entonces a la finitud.

Al surgir el mal - afirma Hegel-lo humano entonces puede hacerse consciente del bien y al practicarlo puede encontrar un camino para volver a Dios, para erradicar el mal y salvarse. Visto así, el mal es una instancia válida para descubrir el bien, es una consecuencia del libre albedrío que me separa de Dios hasta que decido hacer lo que “debo hacer” –parecerme al creador- actuar bien y trascender el aislamiento de mí mismo para procurar encontrarme nuevamente con Dios, superar mi finitud a fin de recobrar la infinitud que me genera el vínculo con el creador; en fin, reconstituir o reponer mi fe para

lograr la verdadera humanidad en la trascendencia hacia la infinitud del espíritu humano. De esta forma, es evidente que la libertad para seleccionar directamente el bien, entraría en cuestionamiento pues el mal se convierte en un camino hacia el bien y así la persona que es primero mala puede quedarse en la maldad o transmutarse a la benevolencia.

Desde una ética voluntarista, en la cual se condensan los aportes de la ética existencialista, el mal vendría a ser no solo un reto a la existencia de Dios, sino un elemento propio de la condición humana que aflora en el entendido de diversas circunstancias históricas. Al respecto, resultan a propósito los aportes de Schopenhauer quien, desde esta perspectiva ética, apuesta por la voluntad de vivir y, en consecuencia, considera que el mal es ir en contra de una escala de valores vinculada con el “buen” sentido de la vida y que al construir dichos valores, también se construye el individuo como ser humano; existe otra dimensión en que la voluntad no se dimensiona desde la posibilidad del bien como creación sino del bien como satisfacción. A partir de esta última perspectiva voluntarista, resultan iluminadores los aportes de Nietzsche quien considera, a *grosso modo*, que no existe ni bien ni mal, sino un criterio de acción alojado en el yo que se expresa en las ansias de poder. Lo importante, en el terreno circunstancial, es que el individuo, augurando la muerte de Dios, sacie su voluntad de poder. En este sentido, afirma que, si el bien era representado por el cuerpo de valores propios de la nobleza aristocrática, estos valores trasmutados por los judíos cambiaron y se alojaron posteriormente en los pobres (bienaventurados los pobres porque de ellos será el reino de los cielos).

Ante este panorama, Nietzsche considera que el mal sería la consecuencia del odio que generó un profundo resentimiento que se fraguó en las clases rebeldes que buscaban un estatus de liberación, cuyo fenómeno es denominado por este autor como la rebelión de los esclavos. En este contexto, refiere Nietzsche, se suscita la clase sacerdotal (impotente y peligrosa) que, peligrosamente, limitan el espíritu humano encarcelando a sus designios, las arcas del bien y del mal. Paradójicamente este autor plantea que más allá del encierro a capricho que la clase sacerdotal ha hecho del bien y del mal, éste precisamente ha sido su aporte para la salvación del ser humano dado que ha puesto ciertos controles a la voluntad (se crea una necesidad de creer para justificar y soportar

el sufrimiento) evitando así que lo humano sucumba ante el “nihilismo suicida”; aunque también paradójico- Nietzsche señala que es precisamente el control lo que implica una renuncia al ejercicio pleno de la vida. De hecho considera en este punto que la voluntad se enfrenta contra la vida siendo entonces “una voluntad de la nada”.

Como consecuencia de todo este contexto, lo más peligroso que logra advertir el pensamiento de Nietzsche es que el odio y el resentimiento son los pilares negativos que sostienen la moral moderna. De esta forma, para él, el mal es la bestial expresión del resentimiento latente en los nuevos órdenes morales que exhiben una despiadada ferocidad de la especie humana contra la misma especie humana. Para superar la ancestral antinomia bien/mal, Nietzsche postula una ética superior que disipe el concepto dicotómico de la voluntad y celebre el triunfo del “último hombre” amparado en la creencia del “todo vale” por el deseo que condensa toda voluntad de poder.

En la misma línea voluntarista, encontramos los aportes de Paul Ricoeur (2003) que, en líneas paralelas al planteamiento de Nietzsche, considera que el mal nos convoca a pensar más y mejor, bien porque se entrelaza con instancias vinculadas al sufrimiento y al pecado; o bien, porque su existencia implica el enfrentamiento del ser humano contra el mismo ser humano. Para este autor, el mal como fenómeno límite se enmarca entre la reprobación (culpa, castigo, libertad) y la lamentación (desgracia, perdón, destino). De allí que su posición sea dicotomista y se desplace de lo voluntario a lo inmanente, así el mal es una condición por la que se ha optado, pero también es una dimensión ontológica inherente a la condición humana. Desde esta última visión el autor considera que el mal y el bien son productos trascendentales que superan las precarias y modestas intenciones que enmarcan la acción de lo humano, quien apenas en su frágil deseo de vivir bien, no es capaz de percibir el mal que genera o la equivocación del camino.

Ricoeur señala tres ideas que resultan fundamentales para complementar una posible perspectiva de comprensión en relación a la lucidez de sus aportes: a) alrededor del mal debemos pensar, actuar y sentir a fin de develar sus enigmas, combatirlo y alimentar nuestra capacidad de discernimiento; b) el mal involucra necesariamente una otredad, por ello se asume desde una dimensión dialógica que convoca la acción. Y c) el mal

como ejercicio límite entre la voluntad y la libertad, se concibe necesariamente como transgresión.

En otra dirección y, a propósito del poder, la ética marxista signó como legado que el mal es un producto de las relaciones sociales que se tejen en las instancias de explotación, suscitando unas relaciones de poder conflictuadas que entran en tensión ante el individualismo, el egoísmo, la injusticia, opresión y enajenación. Desde esta perspectiva, entender el mal a través de la relación con el poder implica necesariamente asumirlo bajo una dimensión política que lo configura como una instancia inmanente del sistema social que entra en conflicto a partir de su vínculo, precisamente, con el poder. Para deslindar la relación del mal con el poder, resultan a propósito los aportes de Hannah Arendt y Michel Foucault.

Arendt, desde una visión política, considera que el mal puede ser banalizado o radicalizado. Para ella, ese mal radical viene a ser expresión de la degradación del ser humano cuya aparición se instaura con la maquinaria de exterminio alrededor de la cual giró el proyecto nazi. Lo interesante del planteamiento de Arendt radica en su idea de que, a la desaparición física, le sucedió posteriormente una desaparición mayor del ser humano, el aniquilamiento de su dignidad, de su condición y de los hilos que reconstruyen su existencia en el universo, y por ende, su humanidad. En sus planteamientos podemos advertir que los campos de concentración son el testimonio más radical del “poder totalitario”.

Al acabar con sus pertenencias jurídicas y morales –dice Arendt- la persona era exterminada en su individualidad y dignidad; y, estos pasos previos eran solo el preámbulo para eliminar toda esperanza de espontaneidad a través de la desaparición física. Entiende esta autora que, desde la postura del mal radical, lo humano no solo es escindido de su existencia moral, jurídica y física; sino que, al perder su dignidad y su sentido existencial que lo une en vínculo humano con el devenir de la especie, el individuo, ni monstruo ni maligno *per se*, es un tipo común sin motivaciones sólidas que se hace partícipe de la máquina de exterminio sin clara idea y sin propósito definido de su actuación criminal dentro de una maquinaria de muerte masiva, antes bien se justifica

en el solaz de una ideología, en el cumplimiento de una orden, en la preservación de sus medios de subsistencia o en el abrigo de una causa de defensa, sin aparente fanatismo o perversión, de bienestar, comodidades, seguridades o estabildades, lo cual le dotaba de una especie de elemental justificación ante aquellas atrocidades cometidas que quedaban exceptuadas, desde las propias posiciones, de toda responsabilidad en virtud de la “amenaza” que se estaba combatiendo. De ambos lados- observa Arendt- se jugó con las necesidades, pero también con las condiciones más básicas, instintivas y elementales del ser humano.

Lo interesante del planteamiento de Arendt es que permite advertir cómo las fases procesuales de degradación de la persona hasta desembocar en su exterminio, son la expresión más cruda y auténtica del mal radical, cuyas fases se banalizan en la existencia de motivaciones nada excepcionales que hacen de un ser ordinario, un individuo que, resguardando su estabilidad y subsistencia, justifica o casi que no percibe su monstruosa participación en la maquinaria de exterminio, tal como la define la propia autora. Parafraseando los planteamientos de Arendt podemos precisar que la voluntad no es condición necesaria para el emprendimiento del mal, que los motivos malignos no se explican ya desde las particulares inclinaciones. Tanto Arendt como el lector atento, se asombran de que un mal radical o extremo (como terminó la autora denominándolo) a escala, cometido por personas “normales” en marcos de acción absolutamente “normalizados”, devela que (muchas veces) en la raíz del mal no se oculta nada y que las únicas coordenadas viables de explicación se extienden en el plano superficial, tan superficial como las motivaciones mismas que influyen en su práctica.

Para esta autora, el mal extremo no puede ser ni perdonado, comprendido, ni adjudicado a ninguna instancia responsable (la maquinaria como cuerpo). Asumido de esta manera, el mal se despersonaliza en su horror y esta desfiguración no permite entender desde una dimensión profunda cuáles son los rasgos que lo configuran, generaron y expresaron. Sin embargo, el aporte de Arendt trasciende estas matrices porque al considerar el mal a escala, lo ubica en una dimensión amplia, en un asunto de raza humana. De esta forma, tanto la política de exterminio como la complicidad de los agentes quienes actuaron como piezas operativas del engranaje funcional de esa atrocidad

maquinaria, trasciende las posibilidades de un mal concebible por un mal incastigable dado que cualquier castigo resulta insuficiente ante la magnitud criminal que ya no fue solo contra los individuos sino contra toda la humanidad (una humanidad que en muchos casos se hace sorda ante el clamor doloroso del mismo ser humano, pero que de igual forma, entre lo peor, también mostró gestos de heroísmo y bondad). Ese mal entendido como una criminalidad que –según Arendt- se sustentó en una completa y despreciable normalidad. Ya el motivo maligno es superado por la banalidad del mal que de ninguna manera exime la responsabilidad por la matanza.

El mal como expresión del totalitarismo, supera, para Arendt, la desaparición física, implica la degradación del ser humano, sus dimensiones son atroces en contra de la humanidad, resulta incastigable por la escala del horror que genera y las motivaciones que los suscitan, son definitivamente, inentendibles e injustificables, y permiten identificar en la empresa del mal tanto la cooperación del criminal como del ser humano ordinario que, aun en su condición de individuo, es despersonalizado y así reducido a la nada, a la banalidad de la crueldad, a la indiferencia y al silencio, a una dimensión en donde lo común es proporcional a lo peligroso.

Por su parte, Foucault asume el mal desde una necesaria relación con el poder. Reconoce que detrás de la pequeña historia de seres oscuros, infames, mediocres y sin reputación, se esconde el hecho de que un día se topan con las fuerzas del poder y así dejan de ser meros accidentes ordinarios para convertirse en retratos de la maldad. Inferimos que el mal adquiere su condición categorial desde la necesaria interpelación del poder. En su obra, este autor advierte que su ejercicio ha sido reunir una especie de relatos que condensan vidas iluminadas y apagadas al mismo tiempo por el poder, el cual no solo permite prohibir y castigar (observar/escuchar), sino que incita y produce (acciones/discursos) la empresa del mal desde prácticas que desencadenan el todo y la nada, luz y oscuridad sobre seres en los que recae el rayo aniquilador del poder. Asume además, que el asunto de la intensidad de esas vidas oscuras atrapadas por el mal, obedece a una energía que deviene en fuerzas de tensión, se suscita entre la vida infame y el fuego consumidor del poder. Dicho de otro modo, Foucault concibe el mal como un sistema de transgresión que entra en controversia cuando la vida del ser humano infame

es puesta en tensión al ser susceptible de las fuerzas abrasadoras del poder. Es en este contacto, según el autor, en que el toque del poder muestra la “grandeza escalofriante o deplorable” de la vida infame.

En una esfera media entre la ética ontológica (el mal es propio de la condición de ser del universo) y la ética evolucionista (el mal brota de las leyes naturales de la evolución y, en cierta forma, contribuye con esta), se pueden ubicar los planteamientos de Jean Baudrillard, quien concibe que el mal es una entidad (característica del ser humano) propia del orden evolucionista del universo. El mal, en la óptica de Baudrillard, no solo es parte constitutiva de las estructuras del mundo, sino que, incluso, es necesario como alicata histórico al alcance de las facetas en que se logra el orden integral de la vida. Aunado a ello, postula que el “mal es el mundo tal como es y como ha sido”, quedando así justificada la perspectiva ontológica y evolucionista que asume en su obra. Sin embargo, considera que, la desgracia (como justificación mental) en un nivel mayor, es una referencia (cómoda) del mundo que jamás debió existir. Hay dos ideas que deben ser absolutamente rescatables de la profunda lucidez con la cual este autor se acerca a comprender y explicar el mal.

El problema del mal entendido desde la concepción de desgracia se ha tejido indisolublemente, según Baudrillard, con todo el pasado histórico de la humanidad y se ha cultivado como reescritura en las prácticas culturales. En este sentido, crímenes en contra de la humanidad son compensados desde una conciencia solidaria que permite reivindicar a las víctimas. Así mismo, asegura que, al estar la historia plagada de estos intersticios malignos, se torna casi imposible restituir aquello trascendental que el mal ha aniquilado y en tal empeño, arribaríamos a una actitud hipócrita, nada reivindicativa que, ni exime, menos obtura, la comisión del mal. Ante este horizonte, se proyecta una segunda idea que remite a la victimización que el ser humano hace del mal, asumiéndolo como una fuerza externa que enajena la conciencia y separa al individuo de su naturaleza “bondadosa”. Baudrillard considera que el “genio maligno” es propio de nuestra naturaleza, que la “perversidad” nos compromete con aquellas “desgracias” que han minado la historia. Desde su perspectiva, pensar en desgracia, como instancia superficial ajena al ser que origina el mal, es una “imbecilidad”, dado que la inteligencia derivada de

un accionar perverso (hacerse consciente y lúcido), consiste precisamente en reconocer aquello que de malvado pervive en nuestra condición humana.

Resulta interesante lo enfático del planteamiento de Baudrillard, ya que deja al descubierto algunos ámbitos analíticos que profundizan la comprensión del asunto: desde la inteligencia del mal, todos somos presuntamente culpables; sin embargo, al estar instalado, el mal, en el orden del universo, no tenemos que responder por nosotros dado que actuamos en atención a unas directrices de un supuesto orden integral. En consecuencia, ante la comisión del mal somos al mismo tiempo culpables (inexcusables) e inocentes (irresponsables). El siguiente aspecto que explica Baudrillard, es la ausencia de realidad objetiva en el mal, delimitándolo solo como una transgresión a la moral. No obstante, la inteligencia del mal nos coloca también en un ámbito inmoral en la cual no hay una práctica como tal, pero sí hay una denuncia, una revelación. Lo que sí sería una radicalidad del mal, lo entiende el autor, como el desplazamiento de lo moral; es decir, como la sustancia de la práctica, de actuar mal; se refiere entonces a un trance fatal, cuya existencia se ubica en la esfera natural de la existencia. Volvemos a esta dualidad para ratificar que, en correspondencia con los postulados de Baudrillard, somos culpables e inmorales, pero estamos ajenos de toda responsabilidad por la fatalidad natural que ha regido y legitima el orden de la vida.

Son estas dicotomías las que le permiten a Baudrillard asumir la realidad como un simulacro y al mal como un “teatro mental de la crueldad”. Simulacro este, insoportable en tanto se carece de sentido, se asumen los excesos de la funcionalidad y las cosas son enajenadas de la realidad misma. Entran en tensión las ideas de destino, racionalidad y libertad, cuyas fricciones quedan resueltas –según el autor- asumiendo que el ser humano no es libre, el mundo no es verdadero y la idea de destino diluye toda ilusión de libertad. En este vértigo de simulacros y apariencias, asistimos a otro de sus aportes más significativos en esta temática, y es precisamente, su posición en torno a la seducción dentro del engranaje de la maquinaria del mal. Estas dimensiones de mentiras elaboradas, fluyen por el lado de la seducción que se burla de los significados y de los sentidos. A partir de estas ideas, Baudrillard apunta que el mal actúa como un pacto de complicidad y secreto contra la ley moral, en cuyo pacto, la seducción desde su entidad

dual, mediatiza el mal a través del enigma, lo inexplicable y el juego. Estas instancias vislumbran el desafío del mal como una filosa navaja que hiere y desangra el alma.

Para Baudrillard el “genio maligno” es la seducción que opera al solaz, al acecho, a la sombra del mal. Con sobrada razón ha afirmado que “la seducción (más que la violencia) es siempre la del mal”, la cual se hace inherente al ejercicio del poder que bordea lo político en un permanente coqueteo con el mal, emergiendo en potencia como desequilibrio consumado en la dominación malévola de la realidad. Desde esta perspectiva, es válido inferir de la pluma de este filósofo que, el mal muestra, a fin de cuentas, la maldad que fluctúa en la realidad desde una fuerza de seducción que es capaz de desplegar dimensiones malditas que se regodean permanentemente con el poder.

Para concluir esta apretada disertación, conviene los aportes de Savater (1991) en torno a la concepción del mal. De su obra se pueden resaltar los siguientes fundamentos: el mal no tiene entidad positiva (racionalista clásico), el mal es lo que hace falta para comprender en exacta dimensión el mundo (el irracional), el mal es aquello que no conviene con lo que soy y me viene de ámbitos externos a mí, viene y me alcanza por mi capacidad selectiva (Spinoza), el mal corresponde con la esencia de lo humano, es inherente al ser (Blymberg), el mal se expresa en lo finito, lo particular, lo que individualiza (de la metafísica occidental), el mal está ligado a las acciones y esencia del ser humano; sin embargo del mismo mal brotan las fuerzas regeneradoras (Schelling), el mal se aloja en la esencia de la conciencia humana, pero puede ser suspendido por medio de la compasión que se funde con todo lo existente (Schopenhauer), la moral, en su sentido amenazador, es el mal, debido a que produce un envenenamiento desde dentro a través de miedos, deseos y castraciones que surgen y constituyen, al mismo tiempo, nuestra subjetividad (Freud) y, finalmente, la conciencia del mal, por la culpa, permite la regeneración (Nabert).

En el pensamiento de Savater podemos advertir que el mal existe como reacción contra el ideal ético; sin embargo, lo malo permite reconocer el bien. En su concepción, el mal fortifica el bien. De estos aportes, es válido asumir que en la negación del bien como

germen propio del mal, lo que se hace es reafirmar, dar alimento al ideal ético, reconocer el sentido y valor de todo lo bueno que se pueda hacer. En líneas paralelas, resulta a propósito rescatar, alrededor de la dicotomía entre el bien y el mal, el pensamiento de Adela Cortina quien plantea que el objeto de la vida es alcanzar la felicidad, lo que entiende como el florecimiento de potencialidades y capacidades que se vinculan con virtudes necesarias para alcanzar la felicidad. De su pensamiento podemos inferir que, son las virtudes, vistas en contraparte con el mal, las que coadyuvan con el propósito humano de construir una vida buena para sí mismo y para el mundo que habita. En estas aspiraciones resuena la respuesta de Cortina (2013) ante la desafiante y comprometedora pregunta: ¿para qué sirve la ética?, a lo que afirma: “Para aprender a apostar por una vida feliz, por una vida buena, que integra como un sobrentendido, las exigencias de la justicia y abre el camino a la esperanza” (p. 178)

Para sintetizar todos estos aportes, asumidos en el marco académico-didáctico de este desafío escritural, se pueden precisar algunas consideraciones de cierre: el mal como categoría conceptual filosófica resulta ser un producto epistémico inacabado e indefinido, de allí que inclinar la balanza de la razón por alguno de los planteamientos presentados resulta ser una tarea comprometedora, en virtud de un relativismo que le otorga, desde su construcción argumentativa, razón al pensamiento asumido por cada autor o tratadista del asunto. Así mismo, el mal se presenta en una unidad indisoluble con el bien, antes que en la condición humana, en las estructuras ontológicas que componen el universo. De ello desprendemos que el mal ocupa un lugar en el orden general del universo, por lo tanto, se asume como medio para alcanzar una finalidad trascendental (libertad, evolución o ejercicio del bien).

Finalmente, es válido asumir que, aunque el mal se manifiesta de distintas formas, implica necesariamente transgresión de la moral, sentido de destrucción y muerte que genera sufrimiento, es causa del pecado y expresión de pasiones e instintos vinculados con odios, venganzas, envidias, egoísmos, mentiras, traiciones, apariencias, entre otros vicios que atentan contra la moral. Desde un sentido esperanzador, el mal es provisional, comprenderlo nos permite equiparnos para enfrentarlo, aunque lo que trascendentalmente coadyuvaría con su erradicación, sería –como bien lo señalan

autores de todos los tiempos: el amor, entendido como estado y condición de la belleza y de la felicidad del ser humano. Si bien existe un amor productivo (principio vital del ser) y otro espiritual – contemplativo (sublimidad axiológica), hay otro que Trías (2013) llama profano porque es vulgar, terrestre y sombrío y regularmente, termina siendo “enfermo y bestial” (p. 65), por ejemplo, el excesivo amor propio, al dinero o a la perversidad.

### **Una mirada antropológica al tema del mal**

Hacer una reflexión filosófica sobre el mal y desde el mal, es anteponer sobre el tema al mismo bien, de esta manera podemos decir que ya de hecho, es la ausencia de bien, la falta de bondad del ser humano en su propio ser, un derivado de la falta de conciencia humana, en relación al bien como substancia de la naturaleza o como lo refiere Carol Wojtyła (2005) en su documento sobre las ideologías del mal, “amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios”. Por otra parte, el reflexionar sobre el mal es abarcar también el tema teológico y la revisión de aquellos que han realizado teodicea sobre el tema del mal, caso específico de Hegel y Leibniz.

El tema se nos presenta como un cuestionamiento ontológico, el ser de un individuo que desea en extremo y el ser de la persona que se ve cuestionado por sus acciones desde un Dios castigador o un estado de derecho que le obliga a un buen comportamiento, no obstante el mal rebasa el conocimiento científico, lógico y el mítico, supera la presencia del bien con manifestaciones conductuales no aceptadas, esto nos lleva a preguntar si ¿el género humano es malo por naturaleza o la maldad aparece en el proceso de su vida libre?

En algunas religiones, caso concreto la católica cristiana, el mal recibe el nombre de pecado y es todo aquello que es malo, nacimos del pecado, de una acción humana mala, llevamos el pecado original por lo tanto es necesario el bautismo y liberarnos del pecado y con la confesión nos liberamos también del pecado venial y del mortal, acciones malas que desaparecen con un acto de contrición y en caso de muerte con la extremaunción.

La concepción religiosa da por hecho la presencia del mal, que se hace visible en los seres humanos que se alejan de la bondad de Dios. Esta posición es acompañada de

mitos bíblicos, en algunos casos, aunque no es compartida ni bien aceptada; por ejemplo, San Agustín en su tratado sobre el mal le da al ser humano la responsabilidad de sus actos como ser libre, aceptando que las lecciones religiosas tienen su sentido preventivo.

La historia, como la interpreta Hegel (2005), se mantiene en una constante dialéctica, y es el mismo Hegel quien trata de reconciliar nuestra experiencia desdichada del mundo, desde un pensamiento filosófico e inicia una revisión de la relación de Dios con lo terrenal: un ser humano que comienza a razonar por su propia cuenta, desde su espíritu individual, que toma conciencia de la voluntad del bien y del mal. Hegel, desde una visión antropológica, busca la comprensión racional de la realidad. Y con relación al mal, encontramos en el prólogo de la fenomenología del espíritu, escrito por este autor, una frase contundente dentro de un párrafo que coloca al mal como parte de la vida cotidiana del ser, advertido además como un aspecto dogmático de la religión cristiana:

No hay lo falso o como no hay lo malo. Lo falso y lo malo no son, indudablemente, tan malignos como el diablo, y hasta se les llega a convertir en sujetos particulares como a este; como lo falso y lo malo son solamente universales, pero tienen su propia esencialidad el uno con respecto al otro. (Hegel, 2005, p. 197).

La maldad entonces es una manifestación de conducta negativa originada en el ser de las personas que no ha sido formado en la conciencia de asumir a los otros seres como sí mismo; es decir, un individuo que no se ha hecho cargo de su compromiso y responsabilidad con los otros, que es al mismo tiempo consigo mismo (ausencia de formación ética y moral).

Visto antropológicamente, el individuo es un ser libre con capacidad de discernir entre lo que es bueno y lo que es malo y debe hacerse responsable de sus actos, sabiendo lo que es realmente malo en relación con los otros y a la naturaleza. El mal en el ser consciente se convierte en una referencia, es un aprendizaje vivido y visto en otros. Dando por sentado la incapacidad de una intersubjetividad sincera y constructiva en valores sociales.

En tal sentido, reflexionar sobre el mal es poner entre paréntesis los aspectos teológicos y ver el tema como parte estrictamente de la existencia de lo humano. El mal lo produce el ser mismo y es este ser quien dará la respuesta a la disminución del mismo mal. Pero ¿desde dónde analizar el mal sin caer en mitos religiosos? A este cuestionamiento Ricoeur (2011) nos presenta la fenomenología de la experiencia, una forma de hacer filosofía comprendiendo las razones que sustentan el mal desde el mundo de la vida del ser humano situado y a su vez a la luz de una hermenéutica de símbolos y mitos. El término, como bien lo expresa Ricoeur, radica en fenómenos que son vistos como pecados, sufrimientos y muerte.

El ser humano comete el mal y es el mismo ser humano que lo sufre. La violencia cruel de nuestras comunidades latinoamericanas, por ejemplo, viene a ser la manifestación de una conducta potencialmente mala, no originalmente mala. Y por otro lado un individuo que sufre su efecto, inocentes que padecen el mal en repercusión. En tal sentido, estas acciones humanas deben ser imputadas, acusadas y reprobadas (Ricoeur, 2011).

El mal es reproductor de sufrimiento y este es un mal en sí, provocado e incitado con rostro visible en los incapacitados por balas o bombas, enfermedades, malas praxis médicas, por un lenguaje racista, la reducción del ser humano a mercancía, el dolor que genera la pérdida de seres queridos en guerras injustas, encarcelamientos sin juicios justos y todas aquellas acciones que disminuyen al ser en su esencia moral, en su dignidad como persona.

El sujeto conducido por el mal y productor del mismo, aun pagando su delito, siempre le acompañará la pena, que no es más que la continuidad del efecto del mal, en consecuencia, el mismo sufrimiento. Es necesario tomar en consideración que el mal cometido por uno halla su réplica en el mal padecido por otro (Ricoeur, 2011). El mal visto así, desde un enfoque inmanente, no da paso a mitos cosmogónicos, por el contrario, lo que se busca es aplicar un lenguaje directo, producto de una interpretación válida y universal, entendible. En este sentido, la estructura del mal es, ante todo, social; es decir, su ejecución, efecto, penalización y dimensión pasan necesariamente por la

intelectualización que en el seno social se teje ante su presencia e impacto. Afirma Korstanje (2012), lo siguiente:

Ante todo el mal, permite intelectualizar lo que por sí es caótico e intempestivo. Las sociedades humanas se mantienen funcionando gracias a un lazo social, que nace de la reciprocidad [...] El mal puede servir como concepto para explicar no solo las privaciones y disrupciones internas de todo sistema social sino también sus excesos y contradicciones [...] En este sentido, tanto el bien como el mal no solo se encuentran concatenados secuencialmente sino que también forman parte del sistema de percepción humanos [...] Son valoraciones que persiguen estereotipos sociales que intentan ordenar y comprender el mundo circundante [...] Por ese motivo, no es extraño observar que la presencia del mal dialoga a su vez con los valores de la propia sociedad [...] El mal en cuanto a metáfora discursiva es usado para generar adoctrinamiento político, estabilidad y cohesión social. (p. 1-13)

¿De dónde viene el mal?, del ser mismo de la especie humana, de la ausencia de conocimiento y formación, carencia de educación y de falta de políticas públicas y sociales claras en este tema del mal, que no se canalizan, por cierto, en el discurso político, sino que más bien lo auspician. Si damos un paso más y advertimos el mal desde una perspectiva política, podríamos advertir que el estado en su negligencia y falta de organización, actúa como detonante del mal dentro de la sociedad. Pareciese que el orden moral no es parte de la política. Sin duda que sobre este tema del mal y la política hay mucho por investigar.

Un ejemplo de literatura investigativa desde la visión antropológica del mal, la tiene Alejandro Moreno (2007), en su libro "*Y salimos a matar gente*", donde mediante trece historias de vida y un proceso hermenéutico, nos muestra cómo la maldad en sujetos violentos no tiene responsabilidad, pues en ellos hay un súper yo protagonista y dominador cuya tendencia se inclina hacia el mal. Para Moreno, el origen de este mal, de esta violencia humana, está en las mismas políticas públicas y sociales del estado, por consiguiente generador de sufrimiento. Otro ejemplo lo podemos encontrar en el

estudio que hiciera Yanet Segovia en torno a la organización y formas de vida del pueblo originario venezolano Wayuu. Al observar la espiritualidad con la que este pueblo concibe la relación bien – mal, nos expresa la investigadora:

Es el mal, o sea, la oposición del bien. Espíritu maligno, personifica las potencias destructivas, las fuerzas negativas. La muerte, las enfermedades, las pestes, las calamidades, la miseria, el trastocamiento de todo cuanto existe. Wanülü, es la desarmonía y el desequilibrio. Es la maldad, los crímenes, el temor, la soledad, las guerras, las tragedias del hombre. Todas las cosas están sujetas a su acción envolvente, todo tiende al aniquilamiento, sin que se sepa cuándo, cómo ni por qué. Wanülü es misterio. Enigma. (Segovia, 2000, p. 414)

El mal asociado al sufrimiento no es parte de la historia del género humano en su totalidad, al menos en cuanto a su destino, no está predestinado a ser infeliz y desgraciado. Pero ¿de quién depende un individuo feliz y un ser malo?, ¿de Dios? ¿o de su propia libertad?

No es un asunto sencillo responder de donde viene el mal, por lo que acudiremos a una aproximación antropológica. Su origen radica en el mismo ser humano, en la propia persona que toma decisiones incorrectas, que dan lugar a las más terribles de las historias, verdaderas por un lado y fantasiosas por otro. Aquí no hay posibilidad del mito de las religiones y entonces la solución al sufrimiento generado por el mal estaría en alternativas humanas, ético-formativas con base moral. Nos dice Pis-Diez (2003)

Se intenta una aproximación a la problemática del mal desde una perspectiva antropológica, a partir del tratamiento que este fenómeno ha recibido desde el punto de vista de la mitología, la teología y la filosofía. Nos hemos focalizado en estos tres discursos pues es desde ellos que se ha propuesto una explicación (y una justificación, en cierto modo) radical de este fenómeno, cuya realidad no nos abandona [...] El recorrido, sumárisimo e inevitablemente parcial, comprende el mundo griego, los monoteísmos judeo-cristiano e islámico, la formulación agustiniana del problema y la posición de

Leibnitz, Kant y Hegel. En la conclusión se postula cierta irreductibilidad del mal, a la que solo podemos enfrentarnos con una actitud radical, de transformación o regeneración –pues el mal no tiene arreglo, solo superación– de nosotros mismos, para abandonar el lugar donde reina. Esto parece indicar las respuestas necesariamente metafóricas de la poesía y el mito. (p. 16).

La divinidad absoluta se convierte en una opción y no en la única o suprema imposición ideológica. Ricoeur (2011) da argumentos filosóficos para reflexionar el mal, cuando en su texto hace referencia a San Agustín, quien afirma que el mal no es una substancia, que el mal no subyace, este argumento es parte de la filosofía griega, del neo platonismo y del mismo Aristóteles, con esto desarticula el mito del mal, del pecado original. El ser no es malo por naturaleza, el mal es algo adquirido en el tiempo y por decisión del mismo ser, es su opción, sabiendo lo que es bueno y es malo, no obstante elige desde su libertad. Libre albedrío. Pero también Ricoeur nos advierte lo peligroso de este libre albedrío, y lo hace desde Kant, que advierte los riesgos de la libertad humana y recomienda a no trasgredir los límites del conocimiento y a preservar la diferencia entre pensar y conocer.

### **Literatura y mal**

En la literatura, el mal se expresa desde la negación del amor, a partir de los tormentos interiores y en consonancia con la transgresión de la moral. De esta forma, el mal niega y, en su negación, reafirma el bien. La obra literaria no hace más que escudriñar en las formas que originan y posibilitan el mal, mostrándolo así como testimonio de una búsqueda interior, que explica esas grietas del espíritu que se van haciendo cada vez más insondables dentro del texto literario.

Visto así, el mal no es solo un tema o un contexto, es una estética, es la construcción que sostiene el mundo posible, es una esencia que se encarna, haciéndose nervio en la obra literaria. No se trata *en suma* de que la literatura ilustre algunas transiciones temporales y espaciales del mal o que refleje un mundo cuyas coordenadas son la expresión auténtica del mal, se trata de que es una aspiración esencial del creador/autor que remite a su propio espíritu atormentado para que fluya en una escritura fantasmal y

malévola que subyace en un laberinto oscuro y alucinante, el cual se torna, al mismo tiempo, en un destello lúcido y encantador en tanto obsesión del mal como delirio, proyección o aspiración interior. No se asume pues el mal como ruptura moral o como franqueable pecado de la acción, antes bien se tiene como impaciente búsqueda en la cual un anhelo del corazón aflora como luz cegadora de un alma atormentada que ve en la escritura una forma de soportar o exhibir “la desgracia” que a ratos es invivible y a ratos es la delicia de toda contradicción, reacción, de todo estremecimiento, horror o estallido desesperadamente tranquilizador.

El abismo del mal ha seducido a escritores, e incluso, ha seducido a las propias páginas literarias como entidades autónomas, mostrando el vértigo no de unos personajes o de una atmósfera, movilizadas por el mal; sino, de un alma agitada en el éxtasis del vacío ubicado en la frontera de la fractura ética y estética. Desde esta perspectiva, la obra permite conocer no el mal de vitrina, de estante... mejor aún, la conciencia del mal, esa que ha caminado desde siempre junto al bien, esa que brota del pensamiento creador consolidada a su vez en el penumbroso espectro referencial de la creación artística. Es en la obra literaria donde emerge un lugar privilegiado para la representación del mal. La violencia, el crimen ruin, la maldad en crudeza, lo infame a extremo, es mostrado sin más examen que la propia condición humana. Lo oscuro entonces, no es un tema de escena, es la movilización misma del pensamiento que hace que la literatura –sin reserva- pueda expresar la conmoción más auténtica, también más indiferente, que proyecta u ocasiona el mal.

La inquietante dicotomía bien-mal tejida con hilos filosóficos, se hace tapiz, se hace indumentaria, se hace ropaje que la literatura desnuda, despoja, descubre... En tal virtud, la obra burla las ambivalencias y edifica en sus mundos posibles, instancias conceptuales o ficcionales hechas con los códigos del mal. Las pistas abstractas de la filosofía, más bien incompletas e inacabadas en conjunto con las múltiples reflexiones morales y las máscaras grotescas que desde siempre se han empeñado en ocultar el mal al pensamiento y a la conciencia, se derriban, caen como piezas muertas de un yeso pulverizado por el cincel agudo de la literatura y dejan al descubierto, revelan a la luz,

desnudan a la lucidez, las fuerzas misteriosas que alimentan y despliegan el mal en todo su esplendor.

El terreno literario, por ser lugar privilegiado para la representación de la totalidad del ser humano, ha sido depositario de un importante número de obras literarias que han expresado el tema del mal como motivo, construcción semántica, aspiración ideológica, recreación de atmósferas, propuesta estética o trasgresión ética. Vale recordar al *Julio César* de Shakespeare, obra trágica en la cual se exhiben como temas centrales la envidia, ambición y traición; o, *El extranjero* de Camus, quien nos muestra cómo la indiferencia hace de Meursault un individuo apático, insensible, escéptico y hasta injusto; insensibilidad que, enmarcada en una realidad criminal, también la encontramos en *Historia universal de la infamia* de Borges.

Digno también resulta mencionar el *Frankenstein* de Mary Shelley, obra que pone en tensión la ética científica, dilución del proyecto humano y la profanación del ideal divino; o, la escritura del Marqués de Sade, en cuyas páginas discurre la violencia y crueldad, desplazándose a capricho y descarado entre la virtud y el vicio. En esta misma inquietud y perplejidad, son recordadas las obras de Genet por su rebelión, el mundo infrahumano que recrean y la provocación a una moral asediada por el envilecimiento; y, la maldita escritura de Rimbaud, donde continuamos leyendo con inquietud, asombro y excitación la famosa frase: “El infierno no hace mella en los paganos. ¡Sigue siendo la vida!” (p. 21).

La literatura ha expresado desde siempre, las dos caras de la moneda ética con la cual se ha comercializado en todos los tiempos y lugares, la conducta humana. Ha mostrado la multiplicidad de perspectivas que configuran la lucidez afectiva con la cual se entiende y se asume el bien y el mal. Sin temor, sin reserva alguna, ha exhibido lo amenazante, transgresor y hasta lo maldito de la conciencia humana. El mal llevado a extremo, ha encontrado una instantánea fehaciente en las páginas literarias. Las pasiones, los instintos, el acecho y la penumbra, sin censura y sin condena, han visto una forma persuasiva de mostrarse al mundo a través de la escena literaria. Baudelaire, Kafka, Verlaine, Lautréamont, por solo citar algunos, son la nominación de una literatura maldita que en sus espejos irreverentes, han reflejado el mal de un espíritu que se hizo cuerpo

y nervio, época, estética, lugar, estado de conciencia y búsqueda inquebrantable de la razón y del ser. Sin embargo, otros escritores –sino todos- han permanentemente inundado sus creaciones con vivos ejemplos humanos que ponen en tensión la delgada línea que separa al bien del mal.

En esta paradoja, la obra literaria también se enluta con el mal, ya no es solo el creador y su aliento poético, tampoco es solo el universo creado (refugio de los universos paralelos), ahora es la propia naturaleza de lo literario que por alguna “extraña” razón, muestra las dimensiones exactas del mal, de las llagas y miserias propias de la conducta humana. La obra se ubica en esta suerte, en la frontera, en la transgresión, en el huracán mismo del mal; parece que deja de ser mudo testigo o testimonio de ese mal como idea, para convertirse físicamente en expresión de un mal que adquiere las connotaciones más radicales y la forma más cruda.

En esta desnudez del mal, el autor es encarcelado, sus ideas desterradas, su pensamiento injustamente criticado y sus obras desterradas. Parece entonces que la literatura es plenamente culpable, como dice Bataille, y “tendrá que confesarlo”. Ahora no es una ingenua forma de expresión, es una monstruosa creación que debe ser recogida de los anaqueles, debe ser quemada, en fin, debe ser juzgada con el sacrificio forzoso de la culpa y sancionada con la desaparición, para que no ponga en riesgo ni fracture el delicado (hipócrita) equilibrio que sustenta la (aparente) moral que condiciona, evalúa, controla y modela el buen obrar de la humanidad.

Blasfemia, inmoralidad, pecado, maldición y excomulgación son los adjetivos sancionatorios con los cuales se ha criminalizado una obra literaria de borde, contra corriente, de un otro sentido, hiperrealidad y distancia...que en su afán de “verdad” y autenticidad, ha transitado, desde la ficción, los caminos del mal haciéndolos esclarecedores, luminosos y lúcidos para comprender en esencia y con absoluta nitidez, las pulsiones que controlan el corazón humano y que palpitan en el alma (a veces blanca, a veces oscura) del ser, muchas veces confinadas “ingenuamente”, solo a un bien común que no se interpela, que no se escudriña ni se observa en el microscopio de las reales intenciones manejadas por el fatídico deseo de destrucción.

Pero no solo el deseo de destrucción opera en la construcción de mundos posibles, una fuerza más letal y mayor, viene dada por el poder de la seducción, tal como lo concibe Baudrillard, desde una perspectiva de metalenguaje, la seducción deviene del encuentro con una alteridad radical que aparta – para este autor- el sentido del discurso (seduce el lenguaje desde el poder de sugerencia) y con ello lo separa de la realidad (seduce la ficción como posibilidad de mundo), ámbito particularmente asumido también en la seducción que experimentan los signos lingüísticos dentro de la obra literaria.

Para el mismo Bataille, el mal transita las creaciones literarias desarticulando el bien, desarticulando en su construcción interna, los elementos compositivos del propio corpus literario, reuniendo a los opuestos y desnudando las circunstancias de transgresión. Para este autor, el espacio del texto es el escenario del mal bien porque el lenguaje es enmascarado, bien porque las estructuras discursivas también juegan, en intermitencia, a desarticularse; o bien, porque proyecta instancias vitales que celebran la presencia del mal como ámbito constitutivo de la esfera ontológica del ser. Con la obra literaria, según Bataille, podemos acceder a las pulsiones del mal y, en un ejercicio metaliterario, podemos dimensionar su funcionamiento tanto en la vida como en la propia constitución textual.

En líneas paralelas, Ricoeur (2003) nos dice: “Los personajes de teatro y de novela son humanos como nosotros” (p. 150). De esta forma, podemos advertir cómo la obra literaria establece puentes de relación con lo humano; generando a su vez, un espacio mediante el cual podemos proyectar nuestras acciones en la configuración imaginativa del texto literario. Para ilustrar este planteamiento, observemos el ejemplo que nos señala Moreno y Andrade (2017) haciendo referencia a la obra *Los milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo:

Teófilo, era un vicario bueno, pacífico, misericordioso, de muchos conocimientos y sabio. Al morir el obispo, todos coincidían en que el único hombre merecedor de tal designación era Teófilo. En tal sentido, le proponen el obispado, pero no acepta. No se cree el indicado. Las autoridades eclesiásticas nombran un nuevo obispo y un nuevo vicario.

Esta situación: la pérdida de sus poderes en la vicaría, lo hace enloquecer. Aquí hay una transposición alegórica fundamental: Teófilo pasa del Bien al Mal (sufre un proceso enantiométrico). Una vez que hay rencor, odio y envidia en su corazón, decide hacer un pacto con Satanás que le permite recuperar su poder vicarial, pero a costa de la venta de su alma y de la negación de Dios y de la Virgen. (p. 303).

Con esta acción, Teófilo deja de lado lo bueno que habitaba su ser. Pero hay más, desde este episodio, podemos inferir que la destrucción, el deseo desmedido que colinda con el egoísmo, la individualidad extrema, el despliegue de los poderes de la seducción, la farsa y la vanidad como máscara de la miseria existencial, la mentira en todo su esplendor y el mal extremo como origen de sufrimiento o muerte, son apenas algunos de los tantos cuadros literarios en los que se exhiben las causas y las consecuencias del funcionamiento del mal, en los que se muestra sin mayores adornos, cómo el mal actúa apegado a la propia constitución de la existencia, pero también (de manera solapada y ficcional) a la propia proyección y construcción del sentido artístico que aspira la obra literaria. Todos estos episodios literarios solo nos hacen ver cómo la literatura es imagen refractaria del pensamiento y ambiciones del alma humana que lucha constantemente entre los avatares del mal y la soledad del bien.

Bien a propósito resultan las ideas de Foucault quien asume el mal en la literatura a partir de una doble articulación: así la novela es el espacio para textualizar la vida de los seres infames, sin embargo, la obra misma es el discurso de la infamia y en ella aflora lo peor, lo desgarrador, informe y desvergonzado, en que personajes y autores dentro de los contextos socio-históricos o estéticos-culturales ponen al descubierto cómo, producto de la creación y expresión de la condición humana, el mal funciona.

Si advertimos que es en la novela donde logra retratarse con mayor nitidez el tema del mal, pues es en este género en el cual se presenta un microcosmo compuesto por las pasiones, virtudes y necesidades que se constituyen en expresión auténtica de la naturaleza y condición humana. Y es que, la novela como género, surge precisamente de esas tensiones éticas que centran su mirada en los problemas humanos, no es

extraño que, desbordando su génesis, se plantee como proyecto en su constitución estética y semántica, representar el lugar del mal dentro de la dual conducta humana. Bien nos dice Bajtín (1989) lo siguiente:

“[...] la novela como un todo unitario [...] se trata de una relación especial del hombre, de todas las acciones y acontecimientos de su vida, con el mundo espacial-temporal [...] no existen contradicciones, son directamente proporcionales entre sí. Por eso, todo lo bueno crece [...] lo malo, por el contrario, no crece, sino que degenera, se empobrece y perece”. (p. 318-319).

De este modo, la novela muestra el todo del mundo humano con sus miserias y grandezas, tal como afirma Lukács (1920): “descubrir y edificar la totalidad secreta de la vida” (p. 59); sin embargo, ese mostrar el devenir de los acontecimientos y ese develar el ambiente, coadyuva eventualmente, con expandir esos espacios narrativos para confrontar al bien, ponerlo en tensión, dilatando su construcción para ilustrar a su vez, cómo se fortalece. Por su parte, ese mismo espacio, hunde su mirada en el mal para observar su iluminación y su eclipse, mostrando cómo degenera y sucumbe en la aniquilación. Si el bien se dilata para ponerlo a prueba y edificarlo, el mal se expande para debilitarlo. Para ilustrar estas ideas y, haciendo referencia al cronotopo Rabelaisiano, nos dice Bajtín (1989):

La tarea de Rabelais consiste en purificar el mundo, espacio-temporal, de elementos nocivos para él... Esta polémica tarea se combina con otra positiva: la reconstrucción de un mundo espacio-temporal adecuado [...] para el hombre nuevo, armonioso y unitario, de nuevas formas de relación entre los hombres [...] Tareas de purificación y restablecimiento del mundo real y del hombre real. (p. 320-322).

Evidentemente, no se trata de mostrar en la novela una tarea didáctica y moralizante para ilustrar la conducta humana, para aleccionar desde el arte, recreando para ello al bien en una perspectiva diametralmente opuesta al mal, se trata de exhibir el pensamiento humano en su auténtica naturaleza, en su genuina construcción vital, en donde el bien y el mal se hacen guiños permanentes y se desterritorializan siempre en

fronteras movedizas en ese umbral de deslocalización en el que resultan a propósito las interpelaciones de Lukács (ob. cit) cuando expresa:

“[...] hasta qué punto se justifica moralmente el pensamiento de un mundo mejor, hasta qué punto está fundado edificar sobre esa base una vida que [...] esté cerrada sobre sí misma y que no desemboque en un hueco mejor que en un fin”. (p. 112).

Aunque el tema del mal en la literatura sea una vieja discusión con una reflexión pasada, es evidente que su lugar de examen no se agota, que su planteamiento no se desgasta y su relevancia se revitaliza, como la misma literatura, para continuar siendo en el presente, trascendente y significativa.

Ello obedece a tres posibles razones: en primer lugar, existen nuevas formas y lugares en que se expresa el mal, de hecho, el mundo contemporáneo cada día parece definirse alrededor de indicadores comunes: violencia, terrorismo y aniquilación; ante ello, la literatura no ha quedado indiferente y es común encontrar en sus páginas todo este entramado de vicio y crueldad; seguidamente, el mal trasciende en la literatura esa noción de tema, atmósfera, perfil psicológico del personaje, pregón catastrófico de la conciencia creadora, amarillismo de la empresa cultural o expresión apocalíptica de la ideología; sin embargo, el mal en la obra literaria puede o no ser todo esto; y es que, al tratarse de una condición inherente a lo humano, podemos identificarlo nítida o borrosamente en la perspectiva o lugar de lectura, en las motivaciones o necesidades escriturales, en la vertiente estética e ideológica que define a un contexto espacio-temporal, en las acciones que sirven de pretexto a un personaje o a la propia creación, en fin, en los márgenes que definen a la obra propiamente dicha.

La última razón podríamos ubicarla en este razonamiento: no es que la obra exprese, testimonie, ilustre o se construya desde el bien o el mal, es que la obra literaria como lugar de lo humano es, por ende, el lugar donde se exhibe, en toda su dimensión, la conducta, constitución y construcción de la naturaleza humana en todos sus sentidos y significados que, por extensión, también viene a ser referente de todos los tiempos y

lugares, con sus crisis, caos y catástrofes que derivan inexorablemente, del devenir humano.

Para concluir, la relación mal y literatura resulta obvia, si el mal pertenece a la esfera humana y a la dinámica propia del universo, ¿podría quedar la obra literaria indemne, como sujeto u objeto, ante la expresión del mal? Si el que ejercita el mal no es del todo inocente de su infamia, traición o maldad, ¿podría ser inocente una literatura que por el torrente de sus venas, circula la semilla del mal? En fin, si la conciencia nos permite engañar a los otros, pero no a nosotros mismos, ¿podría, por la conciencia creadora que cohabita en la obra literaria, engañarse a los otros de la inocencia del mal que, como sabemos, carcome las entrañas del mundo circundante?

Estas interrogantes sin respuestas, nos permiten apreciar y reflexionar en torno a la complicidad extraña y fascinante entre literatura y mal que se ha tejido en la obra artística a lo largo de todos los tiempos. Cuadros humanos recreados que, por inocentes que parezcan, no dejan de revivir la permanente lucha entre el bien y el mal. Situaciones diversas, comprometidas, ficcionales, surrealistas, alucinantes, adversas, evasivas, lineales o alteradas, reales o irracionales, en fin situaciones recreadas en el concierto literario, que en su sustancia más íntima, exhiben el mal como motivo, búsqueda, reacción o filiación inextricable con el devenir humano, acuñado a su propia constitución.

Así, el mal en la literatura, se constituye como instancia transversal que condiciona hasta el más inocente impulso creador (para denunciar, develar, reaccionar o celebrar el mal) retratado en una dualidad permanente en que el amor se debate con el odio, el ayudante mantiene en vilo un duelo férreo con el oponente, la paz anhelada con la guerra inevitable, la locura idealizadora con la realidad atormentada, el vuelo libre del pensamiento con la cárcel de la piel que también es de los ideales; en fin, dualidades infinitas que, metafóricamente, se expresan en la obra literaria a partir de un bien que, irremediablemente, necesita de su contraparte para completar la dimensión humana, a la luz de una magia totalizadora del ser (bien-mal) que celebra todas las coordenadas de la vida como alimento existencial del hecho literario.

Si para Foucault la literatura es el lugar donde se expresa o re-construye la infamia, podemos entonces advertir que la obra lo que hace es mostrar-como testimonio- los puntos de inflexión en que se tensa la relación humana con la moral o con la norma, quedando así una evidencia ficcional que, paradójicamente, muestra las llagas del sadismo, perversión e infamia que han minado la relación del ser consigo mismo y con los otros. En definitiva, es válido ratificar que el problema del mal ha estado siempre en la humanidad del universo, tan igual a su existencia perenne en las páginas literarias. Mejor aún, la literatura ha mostrado esa incesante búsqueda y opción humana por la maldad que en el mundo, muchas veces, se intenta ocultar o disfrazar.

En la obra literaria, el mal es una posibilidad de pensamiento, una posibilidad para develar la envidia, intriga, deseo, seducción, pasión, instinto, avaricia y soberbia como fuente de maldad; para desenmascarar al “noble” en su auténtica esencia de malhechor; y, para abominar el horror inmensurable con el cual el mal ha operado, dejando profundas heridas en el espíritu humano (la persona como causa y consecuencia/ sujeto y objeto/ agente y paciente de la práctica del mal). Lo mejor y lo peor del ser humano, desde una dualidad infinita e indisoluble, resuena con ímpetu y estremecimiento en el pensamiento literario de todos los tiempos. En esta suerte, en la obra literaria se equilibran las fuerzas del bien y de mal.

Como (in) conclusiones de este panorama descriptivo-reflexivo, se pueden afirmar tres ideas fundamentales y generadoras alrededor de las cuales pueden tejerse discusiones, razonamientos y búsquedas que posibiliten un deslinde permanente y plurisignificativo en torno a la presencia del mal en el concierto de la obra literaria: a) el mal por su dimensión inherente a lo humano, ha encontrado en la obra literaria (lugar de lo humano por excelencia) un espacio para mostrarse en todo su monstruoso esplendor, en su trágica belleza terrible; b) la literatura, en aras de lucidez, ha develado desde siempre las dimensiones en que se expresa el mal, dejando al descubierto aquello que el mundo, desde diversas estrategias, ha intentado ocultar; y c) el mal opera en la literatura desde una doble articulación, se muestra la infamia de los seres en una obra que, desde el enmascaramiento y el amplio poder de sugerencia, también se torna infame (¿acaso es esta una dimensión inherente de lo ficcional?)

## Referencias

- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. España: Ed. Taurus.
- Cortina, A. (2013). *¿Para qué sirve realmente...? La ética*. España: Paidós
- Hegel, G. (2005). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Tecnos
- Hegel, G. (2005). *Fenomenología del espíritu*. Madrid: Fondo de cultura económica.
- Korstanje, M. (2012). La significación del mal. Antropología, economía y subsistencia. *Sincronía. Revista de filosofía y letras*, 1 (2), 1-28.
- Lukács, G. (1920). *Teoría de la novela*. Buenos Aires: Siglo XX.
- Moreno, A. (2007). *Y salimos a matar gente*. Zulia, VE: Ediciones Universidad del Zulia.
- Moreno, D. y Andrade, M. (2017). La textualización de lo fantástico en la leyenda llanera. *Fermentum*, 78 (27), 298-305.
- Nabert, J. (1997). *Ensayo sobre el mal*. Madrid: Caparrós Editores.
- Pis-Diez, G. (2003). El mal: una perspectiva antropológica. *Acerca del mal y la guerra: testimonios de una sociedad sin causas*. Recuperado de: <http://eprints.ucm.es/4950/>
- Restrepo, P. (2007). El problema del mal en San Agustín. *Franciscanum. Revista de las Ciencias del Espíritu*, (146), 97-117.
- Ricoeur, P. (1969). *Finitud y culpabilidad*. Madrid: Taurus.
- Ricoeur, P. (2003). *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (2011). *El mal: un desafío a la filosofía y a la teología*. Argentina: Amorrortu.
- Rimbaud, A. (1976). *Una temporada en el infierno*. Caracas: Monte Ávila Editores
- Savater, F. (1991). *Ética para Amador*. España: Ariel
- Segovia, Y. (2000). Interpretación antropológica del mal en la sociedad Wayuu. En *Fermentum*, 10 (29), 407-420.
- Trías, E. (2013). *Lo bello y lo siniestro*. Barcelona, ES: Random House Mondadori.
- Wojtyła, C. (2005). *Ideologías del mal*. Buenos Aires, AR: Editorial Planet.

La Revista Umbral es la revista inter y transdisciplinaria sobre temas contemporáneos del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico. Forma parte de la plataforma académica Umbral, auspiciada por la Facultad de Estudios Generales y el Decanato de Estudios Graduados e Investigación. Promueve la reflexión y el diálogo interdisciplinario sobre temas de gran trascendencia, abordando los objetos de estudio desde diversas perspectivas disciplinarias o con enfoques que trasciendan las disciplinas. Por esta razón, es foro y lugar de encuentro de las Ciencias Naturales, las Ciencias Sociales y las Humanidades. Sus números tienen énfasis temáticos, pero publica también artículos sobre temas diversos que tengan un enfoque inter o transdisciplinario. La Revista Umbral aspira a tener un carácter verdaderamente internacional, convocando a académicos e intelectuales de todo el mundo. La Revista Umbral es una publicación arbitrada que cumple con las normas internacionales para las revistas académicas. Está indexada en [Open Journal Systems](#), [Latindex](#) y [REDIB](#).

Disponible en [umbral.uprrp.edu](http://umbral.uprrp.edu)

La Revista Umbral de la Universidad de Puerto Rico Recinto de Río Piedras está publicada bajo la [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional](#)